



**EL PASAJE DE LOS PANORAMAS**

# TODOS LLEVAN MÁSCARA

DIARIO 1995-1996

LAURA FREIXAS



errata naturae

# 1995

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2018

© Laura Freixas, 2018

© Errata naturae editores, 2018

C/ Doctor Fourquet 11

28012 Madrid

[info@erratanaturae.com](mailto:info@erratanaturae.com)

[www.erratanaturae.com](http://www.erratanaturae.com)

ISBN: 978-84-16544-68-4

DEPÓSITO LEGAL: M-335-2018

CÓDIGO BIC: FA

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,  
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

MADRID, JUEVES 12 DE ENERO

Hace unos días me desperté triste. Quizás por la marcha de Loli [la asistenta]: se fue con lágrimas en los ojos, y me sentí desalmada... Había decidido dedicar el día a escribir y eso hice. Y el resultado fue imprevisto: esa tristeza se contagió al texto, y me permitió dar con algo que llevaba meses buscando: el «tono» de las cartas de Teo [personaje de mi novela *Último domingo en Londres*], cartas cuyo contenido estaba perfectamente claro desde hacía meses, pero... qué difícil, y qué indefinible, es el tono.

De todos modos, Teo me sigue pareciendo el personaje más plano, y no creo que llegue a ser convincente. Bueno, quizás convincente sí, pero limitado. Emocionalmente, no consigo ponerme en la piel de un chico joven, guapo, heterosexual. Supongo que estoy, para ello, demasiado «del otro lado»... del deseo: le deseo demasiado para olvidar mi deseo y ponerme en su lugar; lo que uno desea siempre tiene un misterio: de otro modo el deseo se evaporaría, me imagino.

Mamá en París (a Wendy, mientras yo leía): «Anda, deja leer a tu madre, que si no se muere, igual que tu abuela».

La amiga de la canguro, por teléfono: «¿Tú eres la madre de Wendy?». Y me encantó la definición.

Julia, cuando en la fiesta de Alfaguara, Ramón Buenaventura le presentó al último fichaje, un chico de diecinueve años: «Ha escrito una novela», y ella saltó: «¿Con qué?». (El chico, a la defensiva: «También está la imaginación»).

Fui con Margarita al teatro (*Carcajada salvaje*; muy superficial; y estoy harta de que me hablen de Central Park y John Lennon y me presenten personajes *à la* Woody Allen) y estaba *Rosalía*<sup>1</sup>. Tal como me parecía, es lesbiana: vive con una tal *Luisa*. Parecen contentas. *Luisa* agradable, reservada. Está corrigiendo una novela, que le publicará Tusquets: Beatriz de Moura la llamó y se la contrató, sin leerla, sólo porque había leído la anterior (primera y única hasta ahora que ha publicado). Insólito. Hace años me habría puesto verde de envidia; ahora me da igual. Aparte de eso no trabaja; supongo que *Rosalía* la mantiene.

He empezado la nueva novela [*Entre amigas*], para la que tenía ya algún apunte. Me parece —qué inmenso alivio— que me va a ser más fácil que la anterior —bueno, la actual—. Que voy a tener problemas técnicos, pero no psicológicos. Quizás me precipito. Digamos que veo cuáles serán o son los problemas, y sé que puedo resolverlos; mientras que la otra la empecé a ciegas, a tientas, sin la menor idea de en qué consistía escribir una novela. Problemas psicológicos también los tendré, seguro. Por ejemplo, ya empiezo a imaginar la depresión de esta

<sup>1</sup> Los nombres en cursiva son nombres supuestos.

primavera-verano-otoño: novela acabada —depresión—; novela sin editor —superdepresión—; profesionalmente, ningún avance espectacular; vieja sensación de que ni soy editora o traductora, ni tampoco escritora; etc. Pero por el momento sí puedo decir que escribir esta nueva novela me angustia, me deprime, menos que cuando estaba escribiendo la otra (y hablo en pasado porque ahora, más que escribir, completo, y después corregiré, pero la fase en que se bordea la inexistencia queda atrás).

#### JUEVES 19 DE ENERO

Lo que más me gustaría ahora mismo sería vivir en una buhardilla, pobre como una rata, y dedicarme a escribir. Pero teniendo marido, despreocuparme del dinero no significa pobreza, sino egoísmo. Y supone además caer en la situación tópica de la esposa mantenida. ¿Por qué, exactamente, no puedo soportar esa idea?... Sospecho que los mismos que me lo aconsejan serían los primeros en despreciarme si lo hiciera. Pero, sobre todo, yo misma no me respetaría.

Vaya... ¿quiere decir eso que acepto el *sancta sanctorum* de esta sociedad: la ecuación *valor igual a precio*? Si lo que hago no se paga es que no vale, y entonces, es lo mismo escribir una novela y hacer feliz a un bebé que pasarse el día, como aquella inolvidable vecina que tenía en el barrio de Arturo Soria, tumbada junto a la piscina, un rato boca arriba, un rato boca abajo —sin bañarse jamás—, hojeando revistas de moda, fumando, charlando por el teléfono inalámbrico, y siempre —eso era lo que más me asombraba— descontenta, malhumorada y quejándose de todo.

Pensándolo mejor, se me ocurre otro motivo, y es que en la mentalidad que he heredado —es decir, en la burguesía

catalana que he conocido—, el que gana el dinero es el único que tiene ciertos derechos: derecho a mandar; derecho a ser escuchado porque uno (los demás, no) tiene problemas *de verdad*; derecho a pasarlo bien (¡aquellos domingos de mi infancia: mamá, Francesc y yo apretujados sobre una manta en la hierba del campo de aviación, de las diez de la mañana a las cinco de la tarde, sin un café, sin siquiera un lavabo, sin poder dar un paso porque era peligroso, mientras papá, divertidísimo, correteaba empujando avionetas...!); y, por supuesto, derecho a pasarse por el forro la fidelidad conyugal.

Y ahí ya sí que no. Estas confusiones —dinero igual a derechos— son monstruosas. Queda la solidaridad. Por eso no me dedicaré únicamente a escribir. Pero si es por eso, ya es otra cosa.

#### 1 DE FEBRERO

Últimamente soy bastante feliz. El «bastante» procede de una sensación de trabajar mucho con escasos resultados. Escasos sobre todo en dinero. (Cosas que tengo entre manos ahora mismo, y que por querer hacerlas bien, me exigen más tiempo del que pensaba: [compilar los relatos del libro] *Madres e hijas*, Smart [traducir la novela *By Grand Central Station I Sat Down and Wept*, *En Grand Central Station me senté y lloré*], críticas de Bowles, Todó, Martínez Sarrión, Trapiello; propuestas de seminarios para universidades de verano, de una colección para la Fundación Ruipérez, del libro *Escribir para El País Aguilar*...).

Leer *El joc del mentider* [*El juego del mentiroso*, de Lluís M. Todó] me está poniendo de mal humor. Sensación de que me han

robado mis temas: novela semiepistolar, evocación de Barcelona (Café de la Ópera incluido), islas griegas, homosexualidad, escritura... Cuánto nos cuesta siempre aceptar que no somos únicos, extraordinarios, excepcionales, irrepitibles... Por otra parte, intriga el porqué de semejantes coincidencias. Será que somos, más de lo que sabemos, síntoma de una época y un lugar. Captamos lo que está en el aire, sin darnos cuenta.

Esfuerzo de imparcialidad. No dejarme influir por los celos, ni, inversamente, por el deseo poco honorable de quedar bien con Anagrama [la editorial que publica la novela]. Sensación de poder, de responsabilidad, de incomodidad, cuando las galeradas están por el suelo en algún rincón, cuando me imagino al tal Todó royéndose las uñas (está muy nervioso, me dijo la jefa de prensa; Echevarría tenía que hacer la crítica, pero parece que el libro no le gustó). Cuando pienso en cómo se abalanzará a comprar *El País*: ese hilo mental entre dos personas, él y yo, que no nos conocemos de nada... Intento que no me influya una cosa que me ha puesto en guardia de su libro: la antipatía que me ha parecido percibir del autor, en tanto que homosexual, hacia las mujeres. Hace una caricatura muy despectiva de una profesora de Literatura; curiosamente, el peor defecto que le achaca es... ¡el de ser lesbiana (reprimida)!

(Más tarde). Veo que Todó hace crítica en *La Vanguardia*. Leo la solapa de su novela anterior (la tengo en galeradas) y descubro que es profesor en la Universidad Pompeu Fabra. Sorprendo en mí, cazo al vuelo, un sentimiento que me avergüenza: tiene cierto poder en lugares importantes para mi carrera; me conviene quedar bien con él...

Pero no: creo que, en definitiva (aunque no niego que todo lo otro me influya), lo que más pesa es la *sympathy* (que no es exactamente compasión ni simpatía; solidaridad sería mejor)

con alguien que es (más o menos) de mi generación, mi ciudad, con una cultura parecida a la mía y que ha escrito una novela. Eso que decía Herralde [editor de Anagrama] y ante lo cual yo (me sonrojo al recordarlo), en tiempos, contenía la risa (desdeñosa) a duras penas: «Ante todo, respeto por la persona que ha escrito una novela». Sin olvidar —como le digo a Javier siempre que hablamos de esto— que el crítico tiene otra persona a quien respetar, por encima del autor y, por supuesto, del editor: el lector.

Ayer fui a ver a Trapiello a su casa. Está claro que no nos tenemos demasiada simpatía. No me quejo, es culpa mía: aquel día en que me traicionó mi vanidad, mis celos, aquella conferencia en la Biblioteca Nacional a la que yo le había invitado diciéndole que hablaría de su diario; no le vi en el público, y lo que dije sobre su diario fueron algunas frases sibilinas y desdeñosas, comparándolo con el artículo semanal de Gala. Mi inconsciente tiende trampas a la vanidad ajena para castigarla: una catarsis, que me recuerda (caramba, esta asociación se la tengo que contar a la psi) a aquella chica argentina, creo, hija de un militar, y militante de una organización de izquierda, que atrajo a su cama al padre, militar, de una amiga suya: era una emboscada; sus compañeros salieron del escondite y lo mataron. La psi me hizo observar, cuando le hablé de la vanidad de T., que el detonante había sido mi propia vanidad herida al no verle entre el público (... pero estaba). Sin embargo, su diario, del que me entregó el tercer volumen, me gusta mucho.

Vive en un precioso piso antiguo de Conde de Xiquena, con ese olor de los pisos viejos. ¿De qué vendrá? Muebles antiguos, pero sin pretensiones; acogedor, decorado poco a poco,

con veladores de mármol, con alcobas, con libros viejos, con una bonita vista sobre una calle intacta, de edificios de ladrillo con balcones, decimonónicos, muy madrileños, y al fondo la iglesia de Santa Bárbara, gris, con estatuas y palomas.

Su pequeña vanidad: hablando de los diarios de Martínez Sarrión me dijo que el libro (acaba de aparecer; al día siguiente pedí, y obtuve, la «reserva» de crítica para *El Urogallo*) «está muy bien, entre otras cosas porque me cita», y se fue a buscarlo para leerme la frase que lo citaba, o mejor dicho, sólo la lista de autores que citaba: «... Machado, Juan Ramón Jiménez y mi humilde persona».

Luego, hablando de César A., me contó que sabía de buena tinta que había llegado un día a *Diario 16* ordenando que nunca más se reseñara un libro de Hiperión, porque había pasado delante de su librería (de Hiperión) y su libro (el de César) no estaba en el escaparate. Como el mismo Trapiello dice en su diario, hablando de algo que cuenta Baroja, es una calumnia tan burda que no puede ser sino una mixtificación del propio Baroja. Del propio Trapiello. Por cierto, que como hacen los famosos, a mí no me preguntó nada, ni siquiera cuando, casi intencionadamente, di pie a ello, por ejemplo cuando alabé su casa, tan bien decorada, tan vivida, y dije que la mía, en cambio, con esto de mudarse cada dos o tres años... Hablando de Extremadura, le comenté el previsto viaje en bicicleta, y no sé por qué, le precisé que no era con mi marido. «¿Con una amiga?», dijo él; ni siquiera era una pregunta; y dije: «No, con un amigo» (Olivier). Una de esas cosas que uno hace sin querer y sin saber muy bien por qué, y que con ciertos escritores me pasa con turbadora frecuencia. Tal vez fue una pequeña venganza por su falta de interés por mi humilde persona.